



**NUALA O'FAOLAIN**

# Con cariño, Rosie

TRADUCCIÓN DE ESTHER CRUZ SANTAELLA



CON CARIÑO, ROSIE





NUALA O'FAOLAIN

# CON CARÍO, ROSIE

TRADUCCIÓN DE ESTHER CRUZ SANTAELLA





Título original: *Best Love, Rosie*

Primera edición en Hoja de Lata: octubre del 2022

© Nuala O’Faolain, 2007

Published by special arrangement with Sabine Wespieser Éditeur and The Ella Sher  
Literary Agency

© de la traducción: Esther Cruz Santaella, 2022

© de la imagen de la portada: Marta Sanz @negrografito, 2022

© de la fotografía de la solapa: DR

© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2022

Hoja de Lata Editorial S. L.

Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212 Xixón, Asturias [España]

info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Diseño de la colección: Trabajadores culturales Glayú

Corrección: Tania Galán Álvarez

ISBN: 978-84-18918-57-5

Producción del ePub: booqlab

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Este libro ha sido publicado con la ayuda de Literature Ireland.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# ÍNDICE

PRIMERA PARTE. Dublín

SEGUNDA PARTE. Nueva York

TERCERA PARTE. Stoneytown

CUARTA PARTE. La fiesta en el cabo

QUINTA PARTE. Invierno



PRIMERA PARTE

DUBLÍN

La mañana de Navidad estaba en la cama con Leo, en una *pensione* fría cerca del muelle de Ancona. Tuve que armarme de valor para despegarme de su espalda, sacar un brazo de debajo del edredón y llamar a Dublín, a mi tía.

No hubo respuesta, así que probé con la casa de al lado.

—¿Hola? ¿Reeny? ¿Eres tú? Sí, soy Rosie, claro. Feliz Navidad, cariño, ¡y que el año nuevo te traiga todo lo bueno! Estoy en Italia. Sí, con un amigo. ¿Qué te crees, que estoy loca? No merecía la pena volver a casa con las vacaciones tan cortas que nos daban en el trabajo. Oye, Min no contesta al teléfono. ¿Podrías ir por el patio de atrás y llamarla por la ventana? En Dublín son las once, ¿no? Y sé que va a ir a tu casa a dar cuenta del pavo y de las coles. ¿No debería estar ya en pie?

—Nada, Min está bien, no te preocupes —me dijo Reeny—. Anoche se vino aquí a ver el capítulo de *Eastenders*. Aunque un poco rara sí la noto últimamente. Hay días que no sale de la cama, y eso que no le pasa nada de nada. Y hace poco (no es que quiera chafarte las vacaciones, iba a contártelo cuando te viera de todas maneras) tuvo un problemilla, un día que bebió de más. La tuvo que traer la policía, ni más ni menos que desde la Oficina Central de Correos (y nadie sabe cómo llegó del *pub* al centro), porque se había caído al suelo y era incapaz de levantarse. Bueno, y no solo es que no pudiera levantarse, es que no paraba de decirle a todo el mundo que tenía que mandar un paquete a Estados Unidos. En fin, que fueron muy apañados y la trajeron a casa, aunque los policías me dijeron que les había costado conseguir que Min dejara de intentar abrir la puerta del coche patrulla, y que no la habían esposado porque era una señora mayor y muy poca cosa. Desde entonces no ha estado saliendo mucho. Y las señoras se pusieron a comentar el tema en el supermercado, en el Xpress, y unas cuantas decían que a lo mejor iba siendo hora de que Rosie Barry volviera a casa...

—¡Pero si Min no me quiere allí! —respondí, riéndome.

—Eso ya lo sé. —Ahí dejé de reírme. Reeny no se dio cuenta—. Pero así son las cosas con la gente que tiene depresión. Vi a un tipo por la tele hablar de eso. Si tienes depresión, no sabes lo que quieres.

—Dile que esta noche la llamo, Reeny, y que tiene que coger el teléfono, sí o sí. ¿Tú qué tal? ¿Monty está ahí contigo?

Monty era el hijo de Reeny, un tipo grande y tímido de unos cuarenta y tantos años, fanático del golf, con el que mi amiga Peg llevaba décadas saliendo. Su padre lo abandonó cuando era muy pequeño, y a mí siempre me pareció que lo del golf era un mecanismo de defensa que usaba en su batalla por sentirse más hombre.

—Dile que Papá Noel va a traerle un hoyo en uno.

Más allá del hombro de Leo alcanzaba a ver un rincón del Adriático: un azul brillante, con unos remates blancos creados por el viento recio que hacía traquetear las contraventanas. Un rato antes tuvimos un amago de hacer el amor, pero ninguno de los dos le puso el empeño suficiente para llevarlo a buen puerto. Era buena señal, suponía yo, que no nos diese reparo mostrar nuestra falta de entusiasmo. Aun así, la escasez de energía sexual era mala para el alma; por no hablar de que aún nos quedaban dos días más en una habitación mal caldeada y que en Ancona no había nada que hacer, con todos los sitios visitables cerrados por vacaciones.

Día de Navidad. Esas palabras solían brillar con luz propia.

—¡Leo! —Intenté despertarlo de forma agradable, enroscando el brazo en su barriga y acariciándolo con suavidad—. Leo, cariño, vamos a ver si la *signora* nos prepara un par de tazas de café.

Me incorporé apoyada en el codo para mirarlo a la cara y me quedé de piedra, como si hubiese tocado un cable con corriente, al darme cuenta de que estaba completamente despierto, con los ojos fijos en la ventana.

Al día siguiente fuimos a un recital de órgano en una iglesia ya cerrada al culto y especialmente expuesta a las corrientes de aire. Leo desapareció, absorto en una concentración absoluta; cuando escuchaba música, podías clavarle alfileres que ni se enteraba.

Las cosas iban a tener que cambiar. Lo vi con una claridad desoladora mientras estaba allí en la iglesia, quedándome congelada. En otros tiempos

habíamos sido unos amantes magníficos, aunque prefería no pensar en esos otros tiempos. Ni siquiera era del todo capaz de asumir que cada vez me costaba más sacarlo de su villa, situada en el interior de Ancona, pese a que Leo ya había dejado de intentar que funcionase como un *bed and breakfast* de lujo.

En vez de eso, me puse a pensar en Min.

Si ya había llegado al punto de ponerse en ridículo en público, alguien iba a tener que estar constantemente pendiente de ella, y Reeny trabajaba por entonces en la portería de un complejo de apartamentos en España, así que, por primera vez desde que Min y ella eran jóvenes, no iba a estar siempre disponible en la casa de al lado. Se sumaba además que a mí me quedaban solo unos meses de contrato como redactora para el Servicio de Información de la Unión Europea en Bruselas, y si me marchaba me abonarían el sueldo en un pago único que me daría para vivir mientras me tomaba mi tiempo en buscar el siguiente empleo. En realidad, algunos de mis compañeros se habían jubilado con cincuenta y cinco años: los que siempre habían detestado su trabajo y eran buenos ahorrando. Yo no podía jubilarme, ni tampoco quería. De todos modos, ese pago final me bastaría para mantenerme un par de años, o incluso tres, si regresaba a Dublín.

Por otro lado (y mandé entonces a mi lengua a darse un delicado paseo por detrás de mis dientes), en Dublín los dentistas hablaban inglés. Según W. H. Auden, miles de personas han podido vivir sin amor, pero ninguna sin agua, aunque bien podría haber dicho sin dientes. Yo no tenía ningún tipo de futuro si no me cuidaba los que me quedaban.

Fuera, al otro lado del único ventanuco —que estaba en alto, en una pared ocre y descascarillada—, ya había oscurecido del todo. Un cielo azul marino, con una sola estrella titilante. De camino al recital había una *trattoria* de aspecto animado a la que podríamos ir después de pasar por la *pensione* para coger un jersey más abrigado y otros calcetines. Y luego, a la cama...

¿Y todo eso, qué? ¿Los bares, el sexo y los ventanucos del siglo XVII, qué? Una de las mejores cosas de Bruselas era que podía ir en tren a ver a Leo con

mucha facilidad. Y no soportaba la idea de estar mucho tiempo alejada de él, ni siquiera entonces. Me arreglaba el pelo para tenerlo siempre de un discreto color rubio ceniza y me compraba la ropa en las *boutiques* de la parte flamenca de Bélgica, donde incluso las señoras elegantes eran igual de aficionadas que yo al pan con mantequilla y tenían mi misma constitución, y siempre que paseaba junto a Leo, metiendo barriga y con una sonrisa interesada en la cara, me sentía una mujer viva, me sentía en el mundo. En Italia, donde nos veíamos más a menudo que en ningún otro sitio, no eran pocos los hombres que me daban un buen repaso antes de apartar la mirada.

Pero en Kilbride, en Dublín... Aunque mi cumpleaños no era hasta septiembre, iba a cumplir cincuenta y cinco: la balanza se inclinaba ya hacia la segunda mitad de la década, muy levemente, pero se inclinaba. En Kilbride nunca había habido solteras de mi edad que mostrasen actitud de estar aún en el mercado; o quizá sí, pero habían sido lo bastante listas como para no dejar que se supiera.

El público aplaudía con un entusiasmo tremendo. Estarían intentando entrar en calor. Al levantarse, Leo me dedicó una de esas sonrisas que él no sabía lo encantadoras que eran. La música lo hacía feliz; bueno, la música de una época nunca posterior a cuando las mujeres dejaron de usar faldas largas.

Vaya. Un bis.

Nos sentamos todos otra vez.

En cualquier caso, el atractivo más potente de volver a casa era una imagen, no un argumento.

Si volvía para cuidarla, cabía la posibilidad de que Min adoptase una determinada forma de ser. Su cara, en cualquier caso, me tenía conquistada: un rostro menudo y blanco, con unos ojos negros redondísimos y aniñados. Pero mucho tiempo atrás yo había visto cómo era esa mirada cuando se abría como una hoja al sol.

De niña, antes de morir mi padre, íbamos todos los veranos los tres a la Cabaña de Bailey's, una casita de madera situada en un prado de grama, pasado el último muelle del puerto de Milbay. La madre de mi padre, la

abuela Barry, trabajaba para Bailey's, una empresa de herramientas y suministros de construcción, y podía pedir prestada la Cabaña para dejárnosla en vacaciones.

No había agua corriente, así que llevábamos un bidón de agua del grifo para preparar té, y para lo demás usábamos el agua de lluvia acumulada en el barril de fuera. Con ese agua de lluvia, mi padre le lavaba el pelo a Min.

«¡Tiene usted razón, señora!», respondía él siempre que Min le decía que era un buen momento para darle un lavado a su pelo. A continuación, sacaba una palangana de agua caliente a la hierba y luego un cubo de agua de lluvia. Ella se arrodillaba allí, vestida con su falda vieja y su corpiño interior de color rosa, que tenía cosidos unos conos para los pechos. Mi padre se sentaba en una caja y, con la cabeza de Min en el regazo, le aplicaba el champú usando las puntas de los dedos. «¡Que no me caiga esa cosa en los ojos!», le decía ella. A continuación, mi padre la dejaba arrodillada, con la cabeza agachada, y vertía con delicadeza el primer hilo de agua de lluvia sobre la cabeza de Min, y entonces ella daba un repullo y decía: «¡Ah! ¡El agua está helada!». Pero, conforme mi padre seguía echando agua, el chorro se hacía más uniforme. Min usaba las manos para distribuirse el agua por todo el pelo y él la seguía con el hilo de agua, dejándolo caer allí donde iban las manos de ella, con precisión. Seguidamente, mi padre soltaba el cubo y le envolvía la cabeza en una toalla, bien firme. Min levantaba la cara con los ojos cerrados y él se la tocaba muy suavemente con la toallita.

El pelo de Min se secaba al sol, peinado hacia delante, de forma que le caía cubriéndole la cara y los finos hombros le asomaban a ambos lados. Otras veces se lo cepillaba bajo las corrientes de aire caliente del calefactor que tenían guardado en un rincón de la habitación, tras una malla de alambre, donde yo no pudiera tocarlo. El pelo adquiría volumen y brillo, y vibraba como si tuviese corriente.

Mi padre me decía: «¿Ves el pelo de tu tía? Tu tía Min tiene un pelo precioso». Sonaba nostálgico. Sonaba como si hablase de algo perteneciente a un pasado remoto, pese a que ella estaba allí, delante de él, y no iba a marcharse.

Nunca olvidaré el modo en el que Min levantaba la cara, expuesta, para mirarlo. Él se la sostenía entre las manos durante unos instantes mientras ella esperaba a que le secara el agua, y Min, que era siempre tan recelosa y brusca, se dejaba sostener. Tenía los ojos cerrados, pero confiaba en el cuidado de mi padre, como un ave marina que baja a posarse en el agua.

Esa era la cara que Min podría ponerme. Conmigo podría ser así. Me planteé aceptar ese pago único.

Regresé al final del verano, y durante los primeros dos o tres meses no hice mucho más que estar sentada ante la vieja mesa de la cocina. Era como si hubiese entrado en uno de esos bosques de los cuentos de hadas que rodean al castillo en el que duerme la princesa, donde no se mueve ni una hoja ni canta un solo pájaro. Pensaba con lentitud: querías esto y ya lo tienes, y ahora ¿qué vas a hacer? Parecía que me hubiese desgajado de mi propia experiencia, como si la mayoría de lo que hubiera aprendido en treinta años de vivencias, amores y trabajos por todo el mundo fuese del todo irrelevante allí donde había recalado.

Nunca pasaba nada. Era todo un acontecimiento que Bell, la gata, cruzara la mesa a un centímetro de mi cara en su camino desde la ventana hasta las escaleras para subir a estar con Min. Luego volvía a pasar, de regreso al exterior. A veces, consentía maullar para indicar que quería que se le sirviera la cena. No había nada que me impidiese pasar muchísimo tiempo preguntándome si esa gata de verdad me despreciaba o si la situación era más compleja que todo eso. Al fin y al cabo, Bell podría haber elegido ir por el filo de la habitación.

«Siempre sé dónde encontrarte, Rosie», me decía Andy Sutton, y como era Andy, repetía lo mismo cada vez que entraba en la casa. Andy y yo éramos de la misma generación, igual que mis amigas Peg y Tess (que, de hecho, era prima de Andy), aunque él parecía mucho mayor que nosotras porque nos cuidaba a todas. Trabajaba para una organización benéfica llamada SinNecesidad y en verano recogía cabras, gallinas, conejos y cerdos por toda Irlanda y los llevaba en camiones al aeropuerto de Gatwick, en Inglaterra, para que desde allí volasen a lugares tan pobres que la gente se las

apañaba incluso con el ganado más pequeño. El resto del año, en la sede central de SinNecesidad había reuniones frecuentes a las que Andy asistía, y para eso tenía que venir del campo y quedarse en casa de su madre, Pearl, a unas calles de donde yo vivía, en Kilbride.

Andy abría la puerta de la calle y asomaba la cabeza en la cocina.

—¿Min está dormida? —susurraba.

—O lo está o se lo hace —le respondía yo en otro susurro.

—¿Alguna vez te levantas de esa mesa? —me preguntaba.

A continuación, salía a la parte de atrás a revisar el termostato de la caldera o a agarrar la escalera para cambiar una bombilla. O si no, volvía a la habitación trastabillando bajo un saco de leña de los árboles que tenía en su granja.

Mi tía, arriba, detectaba una presencia y, al poco, las voces animadísimas de su transistor, o los dulces cambios de escala de los cantantes (subía el volumen para cantar ella), se filtraban por el techo hasta la planta de abajo. Y entonces quien estuviese en la cocina podía hablar con normalidad.

En otras ocasiones, el silencio se rompía cuando llegaba música de baile de la casa de al lado, y así yo sabía que Reeny había vuelto de España y que en cualquier momento se pasaría a vernos, bronceada y jovial, cargada de mermelada, melocotones, chocolate o algún otro regalo que no fuera alcohol. De vez en cuando, el tipo que les arreglaba el pelo a las ancianas pensionistas traía todo su instrumental y yo le cedía la mesa de la cocina. Y, cada dos semanas, me iba discretamente a la biblioteca, coincidiendo con la visita que le hacían a Min una psicóloga y una especie de enfermera auxiliar, como parte de un servicio para personas mayores con depresión que había descubierto Reeny, una virtuosa manipuladora del sistema sanitario. Reeny había rellenado el formulario también para ella, pero cuando llegó el equipo a evaluarla se vio obligada a admitir que solo lo había solicitado porque le gustaba recibir cosas a cambio de nada.

—Tu tía está muy baja de ánimo —me decía la psicóloga, muy respetuosa, cuando la acompañaba a la puerta para marcharse.

—Va al *pub* demasiado a menudo —le respondía yo.



Pero la señora eso no quería escucharlo; se ceñía estrictamente a su campo.

Yo volvía a la cocina y cogía mi libro, y desde arriba me llegaba el sonido de Min cambiando de emisora con el pequeño transistor que tenía siempre en la almohada, tan cerca de la cara que quedaba semicubierto por la mata encrespada de su pelo alborotado y sin color.

Por el ritmo de sus tacones en las escaleras (me había ocupado de quitar la moqueta vieja y de raspar y barnizar la madera), aprendí rápido a distinguir si había salido de la cama para hacer algún plan que me incluyese o para irse al *pub*.

«¡Rosie! —exclamaba en tono agradable al bajar los dos últimos escalones—. ¿Qué haces ahí sentada tan calladita?».

Era una pregunta retórica, por supuesto, y daba igual que le respondiese o no. En otoño, yo tenía siempre la puerta de atrás abierta al patio. Me encantaba: ese rombo de luz sobre el suelo de la cocina, las cortinillas amarillas meciéndose suavemente con la brisa cálida. Y también Min sonreía al ver esa simpática escena. Sin embargo, cuando empezaba a llegar el frío, los ojos se le iban de inmediato a la chimenea.

«¡Menudo fuego apañado tienes aquí!», me decía con la mente ausente, y ya se había desplazado para acoplarse en el silloncito azul y agarrar las pinzas con las que echar unos terrones más de carbón o, si el fuego estaba taciturno, hincarle unos palitos en varios puntos que, al prender, lo transformaban todo. Los fuegos se le daban de lujo. «¡Doy gracias a Dios por el carbón!», decía, y mientras tanto incorporaba a su creación unos trozos finos de cisco, a base de toques levísimos.

A veces, movida por el entusiasmo, incluso hablaba del fuego de la hornilla que había en la casa en la que se crio, en Stoneytown.

Yo prestaba atención siempre que Min pronunciaba ese nombre. Se trataba de un asentamiento de trabajadores de cantera al borde del mar, un lugar del que ella renegaba pero que a mí me resultaba tan exótico como Shangri-La.

«En el sitio ese nos congelábamos —decía con un resoplido—. Si los barcos no podían cruzar desde Milbay para llevarse las piedras, nos

quedábamos sin carbón —añadía, y acercaba la silla a nuestro fuego con un escalofrío muy teatrero—. ¡Nos pasábamos semanas esperando una pizca de carbón!».

A menudo me preguntaba por qué el fuego sería tan importante para ella. Entonces, un día entendí que en las regiones remotas de Irlanda, en la oscura década de 1930 asolada por la pobreza, el fuego mismo era la vida. La hornilla de una cocina debía de ser la diosa de la casa; la gente dependía por completo de ella para cocinar, hornear pan, calentarse, secarlo todo. Min admitía que había bosques cerca de Stoneytown, sí, pero yo sabía perfectamente que la madera de haya no era buena para arder en una hornilla, ¿verdad?

Min tenía el abrigo ya puesto, lista para salir. Sin embargo, era tal su satisfacción por haber convencido al fuego de hacer llamada que se apoyaba el bolso grande en el regazo y se quedaba ahí sentada en paz, mirando las llamas, con la cara rejuvenecida de nuevo por los reflejos rosados.

No todos los días, pero sí dos o tres veces por semana, Min hacía el esfuerzo de acercarse al espejito de la trascocina para ponerse pintalabios y pasarse un cepillo por el pelo. Mucha gente sonreía inconscientemente al verla porque solo medía metro y medio de altura y tenía los ojos oscuros como los de un tití. Yo sabía que no era tan mona como parecía, pero a menudo también esbozaba una sonrisa ante sus menudencias. No podía evitarlo.

A continuación, Min separaba con cuidado la página del crucigrama del resto del periódico del día anterior y se iba al Kilbride Inn. Hacía el crucigrama con un día de retraso porque las respuestas aparecían en el día siguiente, así que podía mirarlas si se quedaba atascada. Yo no era bienvenida y eso estaba asumido.

Me decía a mí misma: ¿por qué se molestará en ir allí? Si se limita a sentarse sola y punto. No la entiendo. Y luego pensaba: ¿qué más da si la entiendes o no? De todos modos, estás atrapada aquí con ella. Había sido una madre para mí desde la semana de mi nacimiento, pero ninguna ley dicta que tengas que entender ni siquiera a tu madre, mucho menos a una

tía que se ha hecho cargo de ti al morir su hermana. Y pensaba, sin resentimiento alguno, que a ella le daba igual no entenderme a mí. Es más: en el mundo muy poca gente intenta entenderse. El afán analítico es una enfermedad de las clases occidentales instruidas.

Y aun así (recuerdo examinar lentamente esta idea, sentada en la cocina, en silencio, con Bell por una vez satisfecha de estar en mi regazo), la gente acepta que las parejas que elige son personas distintas, personas independientes. La gente es capaz de hacer el amor sin tener ni idea de lo que les pasa por la cabeza a sus amantes (yo lo había hecho, con frecuencia). Es capaz de mirar el cuerpo fallecido de una esposa o de un marido y pensar: «En realidad, nunca llegué a conocer a esta persona». Pero ¿la mujer que te crio? Nunca en mi vida me he encontrado con nadie que no se sintiera con derecho a conocer a esa mujer.

Dudé de mi capacidad para reconocer algún lugar del paisaje interior de Min. ¿Y qué sabía ella del miasma de imágenes que me mantenían a mí sentada en tono soñador ante la mesa de la cocina? Me movía deambulando perezosa de una estampa a otra: la orilla del mar al atardecer cerca de Dakar, con esos cangrejos grandes que caminaban por la arena hacia las hileras uniformes de espuma blanca; clac clac, avanzaban, y las olas hacían hush hush. El hule de la mesa sobre la hierba, junto a una granja en el monte Rigi, y el sabor intenso del queso gratinado sobre unos huevos fritos. Los niños que se me acercaban en la oscuridad de camino a la escuela, por un paso elevado entre campos de fango invernal en Flandes; la manera en la que el brillo de sus brazaletes fluorescentes flotaba en el aire, y cómo las gaviotas fantasmales se alimentaban en los campos vacíos de alrededor mientras el amanecer bañaba el horizonte. No había nada que hacer ante el modo en el que esas imágenes me tenían cautiva en una experiencia solitaria. Era la vida misma la que me hacía estar tan distante de ella como ella lo estaba de mí, caminando con sus taconitos hacia el *pub* con Dios sabe qué cosas en mente.

Mis recuerdos no apuntaban a ningún camino en concreto que me llevase al futuro. Abría el portátil y buscaba en Google las agencias con las

que siempre había conseguido mis trabajos: Unesco, Overseas Aid, World Opportunity, el Parlamento Europeo. Y me ensimismaba en la fantasía. Myanmar. ¿Y si intento irme a Myanmar? Rangún seguro que es una versión desgastada y húmeda de algún sitio como, no sé, La Valeta en la década de 1950. Tropical, pero con torres de reloj de piedra y parterres municipales de flores. Finura británica revestida de carácter extranjero en una atmósfera densa y húmeda. Pero ¿estaría bien trabajar en Myanmar? En Adelaida había un empleo disponible. Podría dirigir una librería de lenguas extranjeras en Adelaida haciendo el pino. Alguien me había contado que los vinos de allí eran maravillosos. O Maracaibo. Querían a alguien que llevase una escuela grande en la que enseñaban inglés a los trabajadores del petróleo. Hombres. Pero hombres latinos... Siempre me había costado mucho ser como ellos querían que una fuese, incluso de joven, cuando intentaba agradar a cualquiera.

Guatemala era mi mejor apuesta. Yo era la profesora de inglés como lengua extranjera más cualificada del mundo, o casi, y la preciosa ciudad de Santiago estaba llena de escuelas de enseñanza de inglés para extranjeros. Me descargué el formulario de solicitud para Santiago. Aunque no había ninguna urgencia en lo que estaba haciendo. Al final las manos permanecerían ociosas.

Lleva cierto tiempo regresar a un sitio.

Cuando cambiaba de país cada pocos años, adquiría los privilegios de una expatriada en todos y cada uno de los traslados. En los sitios a los que iba podía reinventarme. Sin embargo, mis amigas de Kilbride nunca me dejaban salirme con la mía. Según parecía, eran expertas en saber cómo debía comportarme, aunque Peg, que siempre estaba ahí porque era la novia de Monty, era más joven que yo; y Tessa, que era mi amiga desde mi primer día de trabajo en la librería de Boody, era mayor.

Tessa era la representante sindical cuando entré a trabajar en la librería y tenía una actitud muy dinámica y enérgica con todos nosotros, actitud que seguía mostrando conmigo. Poco después de mi regreso, hubo una fiesta en su honor porque se jubilaba anticipadamente del sindicato, y me puse un

vestidito italiano negro y fabuloso que me seguía quedando muy bien y unos tacones de ocho centímetros.

—Sí que te arreglaste ese día, ¿eh? —me dijo Tessa luego, cuando hicimos balance de la fiesta—. Todo el mundo hablaba de ti, Rosie, aunque supongo que es comprensible, todavía eres novedad. Y el traje negro ese es sensacional. Aunque no sé qué opinas, pero quizá le iría bien alguna cosita al cuello.

Peg, con un tono de voz aparentemente neutral, añadió:

—Casi todas las muchachas tuvieron que ir directas del trabajo y no pudieron arreglarse.

—¡Venga, ya está bien! —dije riéndome de ellas.

Sin embargo, ni siquiera eran conscientes de que siempre estaban intentando enseñarme cómo se suponía que tenía que ser una mujer soltera de cincuenta y tantos años en Kilbride, Dublín, Irlanda. Cada dos por tres, alguna me soltaba: «¿Vas a ir a la de las once y media?», como si por alguna razón ya no recordasen que yo nunca iba a misa. Y un día, cuando me llevé a Andy al cine porque me había acercado en coche a la ciudad, apenas hablaron, pese a que lo conocían de toda la vida igual que yo. Fue su manera de insinuarme que no estaba bien llevarse a un hombre a una noche de chicas.

Sabía que me estaban moldeando para la comunidad y que en eso subyacía una preocupación por mí. En cualquier caso, aún conservaba la tarjeta que mis amigos del Servicio de Información de Bruselas habían incluido junto a los prismáticos que me regalaron en una fiesta de despedida; fue en una taberna de Flandes, en la que bailamos toda la noche vales tocados en un órgano mecánico. «Gracias por hacernos la vida tan divertida», decía la tarjeta. Esas palabras escondían una promesa: quizá me sintiera un poco desanimada, pero en otros tiempos había sido una persona animada, y volvería a serlo.

Le hablé a la gata.

—Ulises estuvo fuera veinte años y su perro lo esperó. ¿Lo sabías? Argos se llamaba el perro. Era tan viejo que se había puesto blanco, pero esperó a

su amo y cuando por fin lo vio llegar a casa se dejó morir. ¿Estás pensando en morirte ahora que he vuelto, Bell?

La gata dejó de lamerse la piel para levantar la vista y dedicarme una mirada insolente de soslayo.

Hablando de morirse, el del seguro me había preguntado si quería mejorar la cobertura del seguro de decesos de Min. Por primera vez, el dinero empezó a preocuparme. Llegó además la factura de la calefacción central. Después, un día Min comentó en un tono de voz que dejaba entrever un auténtico anhelo que en la carnicería había unas patas de cordero magníficas pero a un precio horrible. Yo estaba haciendo una sustitución en la biblioteca de Kilbride todas las semanas y con eso entraba algún dinero. Tenía además suficientes ahorros para pasar otro año al ritmo que íbamos, incluso aunque me había comprado un coche pequeño de segunda mano para llevar a Min aquí y allá (tampoco es que ella hubiese aceptado todavía que la llevase aquí y allá). Y hasta tenía un bono que podía liquidar para acristalar y enlosar el patio de atrás si Min alguna vez daba el visto bueno a ese plan. Si el patio estuviese de verdad bien arreglado, quizá no se iría tanto al *pub*.

Por lo que yo sabía, en la sesión del mediodía no bebía más que un poquito, pero de todos modos, cuando llegaba a casa venía cambiada. Siempre iba ligeramente perjudicada. Y luego a veces algo le había molestado y se quedaba en el *pub* más de un par de horas. Después llegaba a casa y empezaba a hacer cosas por ahí, plena de un falso júbilo, y el corazón se me ponía en un puño al comprobar lo torpe que se ponía cuando bebía. Y había algunas ocasiones en las que al volver, por la tarde, se metía en la cama, pero luego se levantaba y salía otra vez, y cuando regresaba tenía una sonrisa que era como una mueca. No podía ni mirarla. Eso solo lo hizo tres veces en cinco meses, nada en comparación con lo de la señora Beckett, de nuestra misma calle, que era alcohólica, por no hablar del colectivo entero de hombres de la zona. Pero la cosa era que yo nunca sabía cuándo iba a pasar.

Al principio me acercaba al *pub* de vez en cuando aunque ella no me lo pidiese. La veía desde la puerta, al otro lado del salón, más allá de un suelo

lleno de sillas y mesas vacías. Le distinguía el contorno del pelo alborotado frente a la ventana que Min abría cuando se le antojaba, tal y como habría hecho la dueña misma del local. En aquella sala grande conseguía hacerse un espacio invisible a su alrededor, como si fuese montada en un coche camino de algún sitio. Aunque no iba a ninguna parte. No tenía ninguna parte adonde ir. Verla me impresionaba, así que cuando atravesaba la moqueta grasienta ya iba emocionada de más. Antes incluso de que Min levantase la mirada con su cara de niña.

Pero ella no me quería allí.

La única vez que alcancé a ver algo de su vida interior fue en septiembre, cuando se celebró una misa para conmemorar el primer aniversario del 11-S. Los días previos había estado muy charlatana, hablándome de aquel momento espantoso, contándome cómo miró de reojo la televisión y pensó que lo de ese avión que se dirigía a la torre era un juego, y que no encontraba el número de Reeny en España y el estofado que tenía puesto al fuego se quemó hasta tal punto que tuvo que tirar la olla a la basura, y que Andy Sutton bajó el sillón del dormitorio y salió y fue a buscar a la señora Beckett porque ella solo tiene RTÉ One en su tele, y que Tess apareció después del trabajo y preparó bocadillos de pollo, y que Andy se pasó por el Kilbride Inn a comprar diez o doce cervezas y una botella de vodka porque la gente estuvo toda la noche pasando por casa. Y por la acera entera se veían las puertas de las casas abiertas y oías el estruendo de los televisores, y el hijo de Enzo les llevó *fish and chips* aunque el Sorrento normalmente no tenía reparto a domicilio, y luego el muchacho se quedó también, mirando la televisión boquiabierto.

—Justo al principio me entró un miedo horrible, cuando me acordé de Markey Cuffe, que era tu mejor amigo cuando tenías el hocico siempre metido en un libro, el niño de Florence Cuffe, que se fue a Nueva York. No paraba de preguntarle a todo el mundo dónde trabajaba el niño. Se crio en la calle de atrás y podía estar muerto, perfectamente, muchos de aquí tenían a gente allí por la que estaban locos de preocupación y no podían hacer nada de nada, las líneas estaban todas colapsadas y era imposible contactar con

Estados Unidos. Pero entonces busqué las tarjetas que tenía guardadas de la Navidad anterior, porque el muchacho siempre manda una felicitación grande con cosas doradas, y ahí estaba la dirección de su negocio, y era en Seattle. Y yo de Seattle sé todo lo que hay que saber, que Reeny y yo veíamos mucho *Frasier*.

Daba la impresión de que todo Kilbride iba a asistir a la misa de conmemoración, y Min estuvo lista desde bien temprano. Se colocó un abrigo tan antiguo que me acordaba de verla llegar a los grandes almacenes Pillar con él puesto cuando yo trabajaba allí, y entré a trabajar en ese sitio a los dieciséis años.

—Min —empecé a decir, pero me interrumpió.

—Este abrigo costó cientos de libras —comentó con grandilocuencia—. Estaba en el armario de la madre de tu padre cuando lo despejé, y apenas se había usado.

—Pero, Min...

Intenté señalarle que olía demasiado a naftalina.

—Y tú —me dijo, mirándome con gesto reprobador de arriba abajo—, tú podías ponerte la falda buena. Sube a cambiarte. Y bájate los tacones altos, que te los limpio un poco.

En la iglesia, la multitud la mantenía apretujada contra mí. Vi que tenía los ojos cerrados y no prestaba atención a la liturgia. En vez de eso (estaba tan pegada a mí que no podía evitar oírla), estuvo rezando y rezando en voz baja: «Dios mío, Dios mío. Dios mío ten piedad. Virgen Santa, ayúdalos», la oía decir. Nunca había visto una cosa igual en Min. Lo último que habría hecho en su vida era implorar.

La clave en la que no paraba de insistir, muy seria, como si por repetirlo las veces suficientes yo fuese a entenderlo, era que se trataba de personas normales y trabajadoras, las que habían muerto. «No estaban haciéndole mal a nadie —decía mirándome, perpleja aún por la injusticia—. Se esforzaban lo que podían. Iban a su trabajo».



Sin embargo, conforme el invierno se asentó, Min fue saliendo cada vez menos.

«¿Qué pasa? ¿No te vas a levantar?», le decía. «El coche está en la puerta, ¿te acerco al *pub*?». Le pregunté si quería ir a las Canarias, a tomar un poco de sol. O a Londres. Podíamos ir a ver ropa a las rebajas.

—¿Compramos un perro? —le dije.

Reaccionó de inmediato.

—¡Ni por asomo! Bell odia los perros.

—¡Vaya, Bell! —dije en tono resentido, y la cara a rayas del animal, con sus ojos parejos dorados, asomó de entre las mantas, por debajo de la barbilla de Min—. Creo que esta gata me está diciendo que me vuelva por donde he venido.

Min no dijo nada.

Solté la idea de arreglar el patio y de contratar un seguro privado de salud por si Min necesitaba alguna hospitalización. Sin embargo, todo eso la descalificaba para los servicios de la psicóloga social que solía venir a casa. Cuando nos enteramos, Min estuvo por una vez encantada conmigo.

—¡Bien hecho! —me dijo con aprobación—. No sabía cómo deshacerme de esa mujer. Es ella la que necesita que le analicen la cabeza, no yo.

Pero el resultado era que ya no estábamos haciendo nada en absoluto ante la situación. Así que fui a la librería Eason's y me pasé por la sección de autoayuda (un sitio en el que no había estado nunca antes) para buscar algo que pudiera servirnos. Me llevé a casa *Escuchar a la depresión: cómo entender el dolor puede sanarte* y *Depresión: un enfoque mente-cuerpo*. Durante un tiempo le estuve leyendo ambos libros todas las noches, y Min decía que eran geniales, muy interesantes. Pero se quedaba dormida pasadas unas pocas páginas.

Nuestra Navidad fue muy tranquila y la Nochevieja también se hizo un poco pesada, aunque en la televisión había algunas locuras divertidas. Min estaba en la cama y yo me senté junto al fuego de la cocina e hice lo que pude por reírme conmigo misma. ¿Por qué no habré sido Angela Gheorghiu?, susurré a un público imaginario. Por poner solo un ejemplo. ¿Por qué tuve que nacer entre la puñetera clase trabajadora de Dublín? ¿Por

qué no pudo nacer Doris Duke aquí y yo en Newport o donde fuese? ¿Qué diferencia habría supuesto eso para el universo? ¿Por qué no era yo guapa y rica, famosa y admirada por hombres altos y apuestos vestidos con abrigos largos, y con un pelo plateado precioso y rizado en torno a unos cuellos de modelado exquisito? Plácido Domingo, ese tipo de hombres.\* ¿Por qué no podía haber sido yo el tipo de mujer que le habría gustado a Rilke? Toda pieles y con una mente brillante. Con un castillo. Esas mujeres no tenían que cuidar de sus tías. Rilke no tuvo que cuidar de su tía; de hecho, se negó a cuidar de su madre. Para Rilke las cosas habían sido fáciles, en comparación con otra gente que no tiene más remedio que cuidar de sus parientes mayores; un tema, por cierto, sobre el que, a pesar de ocurrirle a casi todo el mundo, no existe apenas literatura. No existen ni documentos escritos, mucho menos literatura.

Me topé con algo en internet: una lista de propósitos que, si los seguías a rajatabla, te ayudaban a controlar la depresión. Los imprimí y se los subí a Min con una taza de té y un trozo de bizcocho de frutas de Reeny, receta española. El ambiente en su habitación era acogedor, con la nueva calefacción a gas y las cortinas cerradas frente a la noche invernal, y Bell supervisándolo todo desde su cesta, sobre el tocador, y el transistor hablando consigo mismo sobre la almohada.

Empecé la lección.

—Bien. Número uno. «Invertir tiempo en consolidar mis puntos fuertes y no en remendar mis debilidades».

—Tiene sentido —dijo Min tras una pausa—. Pero ¿a qué debilidades se refiere la persona que ha escrito eso?

—A las que tengas, las que sean. ¿Cuáles tienes tú?

Hubo una pausa más larga.

—No se referirá a, no sé, tener debilidad por bañar las patatas en mantequilla, ¿no? —aventuró Min.

—No, no creo. Bueno, vamos a dejar esta a un lado y a probar con el número dos. «Preguntarme todos los días “¿Qué necesito?” y dar un paso para cubrir esa necesidad».

—¡Eso es genial! —dijo Min con entusiasmo—. Entonces, si necesitara llevar a Bell al veterinario, podría pedirte que lo llamaras para pedir cita.

—¿Le pasa algo a Bell?

—Nada de nada. ¿Estás ahí, Bella? No te escondas bajo las sábanas, Bella. Ven aquí donde pueda verte.

—Lo siguiente es: «Redactar una lista de actividades placenteras y hacer una todas las semanas».

—Fácil —dijo Min—. Estaba pensando en ir a misa a algún sitio que no fuera la iglesia de Kilbride. No me gusta el padre Simms, el viejo ese. Y eso es semanal.

—Vale —dijo con cautela—. Está bien. Así se pasa a la acción. Ahora, el número cuatro. «Admitir que no sé», eso dice.

—¿Que no sé el qué? —preguntó Min beligerante—. Yo sí sé.

—¿Qué sabes?

—Sé muchas cosas. Dejé de estudiar el día que cumplí catorce años.

—Ya, Min. Me lo has contado unas quinientas veces.

—Pero eso no significa que no sepa cosas.

Se estaba empezando a ofender.

—¡Min! ¿Quién ha dicho eso? Eres muy capaz de hacer el crucigrama complicado, por ejemplo, y antes me escribías las mejores cartas del mundo. En fin, la última: «Decirme “No” alguna vez y decírselo a otras personas muchas más veces».

—No —dijo Min.

—¿No qué?

—No al cenutrio que haya escrito las normas esas. No. Son una mamarrachada muy grande. No, no pienso hacer ninguna, ninguna.

—¡Muy bien! —Me puse a bailar alrededor de la cama—. ¡Así se habla, amiga!

Empezó a sonar una campana de bienvenida del año nuevo. El primer din don de alegría llegó de la catedral de Christchurch, situada en un monte a unos cuatro o cinco kilómetros en mitad de la ciudad, y luego una oleada de campanadas recogió el tintineo de otras campanas que avanzaban hacia nosotras, de iglesia en iglesia, por el curso del Liffey y por las calles oscuras,

y a través del canal hasta alcanzar los tejados de nuestras hileras de casas bajas de ladrillo y callejuelas. La bahía de Dublín queda al otro lado de Kilbride, y de repente todos los barcos que allí había hicieron sonar sus bocinas para dar la bienvenida a la medianoche en estrecha competencia con las campanas. Abrí la ventana y la habitación se llenó de una desquiciada cacofonía de pitidos y repiqueteos, y Min encontró *Auld lang syne* en la radio y las dos nos pusimos a cantarla, y Bell empezó el año nuevo saliendo por la puerta de la habitación, enfurecida.<sup>1</sup>

De RosieB a MarkC@rmbooks.com

Hola, Markey:

He sacado tu dirección de la felicitación navideña que mandaste desde Seattle. Espero que no te moleste que la use.

Me pongo en contacto contigo desde... Adivina. Correcto. La misma casa de siempre. He vuelto porque Min se había encerrado mucho y estaba bebiendo (aunque de momento solo un poco, crucemos los dedos).

¿Te acuerdas de la tienda de Colfer? ¿Del señor Colfer, que tardaba media hora en servirle lo que fuera a cualquiera? Bueno, pues Peg, su hija, la pequeña (que es amiga mía y lleva siglos saliendo con el hijo de Reeny, Monty, ¿te acuerdas de Reeny? Se llevaba muy bien con tu madre, aunque no es nada religiosa), me regaló dos libros por Navidad. Uno era de un sacerdote con el que una vez fui a una manifestación y el otro de una estadounidense que estuvo casada con Seán Bán Breathnach, el que hacía los comentarios de los partidos de fútbol en irlandés.<sup>2</sup> Libros escritos para ayudarte en la vida.

Peg me dijo que los dos autores son ahora millonarios, y que eso es porque la gente piensa que son irlandeses. Bueno, no exactamente irlandeses, sino celtas (parece que la gente se cree que los irlandeses salen a trompicones de los bares y se pegan palizas, pero que los celtas tienen más clase).

Lo que quería preguntarte, Markey, es si no podría escribir yo un libro para aconsejar a la gente sobre cómo avanzar por la vida.

Yo soy tan celta como cualquiera. Y soy una escritora con experiencia. Te adjunto mi cv y ahí verás que, con los años, en distintos trabajos, he escrito todo tipo de material promocional, educativo e informativo. Y ESTOY DESESPERADA por tener

un trabajo que pueda hacer en casa, para echarle un ojo a Min, porque a veces creo que está muy deprimida.

Soy consciente de que Rare Medical Books es un negocio de venta de libros, no una editorial, pero seguro que conoces a gente en el mundo editorial de allí. ¿Sería posible que me pusieras en contacto con algún agente especializado en ese tipo de cosas? Sé que sería mucha carambola, pero en serio, Markey, por lo que he visto, hasta un crío de teta podría hacerlo mejor que mucha de la gente que escribe esos libros. Su punto fuerte parece ser el tono alegre y optimista, y creo que podría imitarlo.

Te paso un ejemplo:

¡Las cuatro reglas de Rosie Barry para la mitad del viaje!

¿Tienes tal riqueza de experiencias que aún te sientes joven de espíritu?

¿Te da a veces la impresión de que ni los desafíos ni las recompensas de esos vibrantes años que el mundo llama «mediana edad» reciben la atención que merecen?

Las cuatro reglas parten de la sabiduría, del disfrute y del amor hacia el prójimo que has adquirido gracias a una vida bien vivida.

No permitas que los años te lleven adonde no quieres ir.

1. ¡Juega como siempre lo has hecho!
2. ¡No tengas miedo a nada!
3. Que todos los días sean una fiesta.
4. ¡Y no olvides, pero perdona!

Muchas gracias de antemano por cualquier ayuda que puedas prestarme, Markey. Y recuerda que si alguien en el mundo de la autoayuda quiere conocerme para hablar de esta idea o de alguna otra, no tengo problema en ir a Nueva York.

No te he vuelto a escribir desde la postal de Chopin que te mandé desde Varsovia, hace ya mucho tiempo, pero he pensado en ti y he hablado contigo mentalmente muchas, muchas veces.

Rosie Barry.

\* Nota de los editores: en 2009, cuando se publicó en inglés *Best Love, Rosie*, la reputación de Plácido Domingo era otra muy distinta a la de 2022.

<sup>1</sup> *Auld lang syne* («Hace mucho tiempo», en escocés) es una canción típica de Año Nuevo en el mundo anglosajón, aunque se utiliza en general para cualquier acontecimiento que implique una despedida. (*Todas las notas son de la traductora*)

<sup>2</sup> En 1974, la estadounidense Sarah Bán Breathnach, entonces Sarah Devereaux-Wilde, se casó con el periodista irlandés Seán Bán Breathnach, tan solo unos días después de conocerlo. Casi de inmediato se arrepintió de ello, pero por entonces en Irlanda el divorcio no era legal. Cuando, ya de vuelta en Estados Unidos, consiguió anular el matrimonio, ya se había hecho famosa escribiendo libros de autoayuda firmados con su nuevo apellido irlandés, así que lo mantuvo.